

La Unión Vascongada

DIARIO MONÁRQUICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

SAN SEBASTIÁN: Trimestre á pesetas.—PROVINCIA: trimestre 120 pesetas.—EXTRANJERO Y ULTRAMAR: un año 54 pesetas.
Las suscripciones hechas por los correspondientes tienen un aumento de 10 por 100.—Número suelto 5 céntimos.—Número atrasado 10 céntimos.—En el Extranjero 0.15 céntimos.—Los pagos se hacen precisamente en sellos de franqueo ó libranzas del Giro mutuo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

Calle del 31 de Agosto, número 29, principal,

TELEFONO 162

PRECIOS DE INSERCIÓN.

En 1.ª línea y peseta línea.—En 3.ª id. 0,30 id.—En 4.ª id. 0,10 id.—En 5.ª id. 0,05 id.—Demarcados de 1 á 25 pesetas línea.
Para los anuncios de mucha extensión se admiten rebajas.
La correspondencia deberá dirigirse al Administrador.
DON JUAN TRIBARREN.

Represión provechosa

El telégrafo nos anuncia que las Cámaras francesas han aprobado por una mayoría de 101 votos—329 contra 228—la totalidad del proyecto de ley de imprenta. Verdad es que con él se quiere oponer tan solo un dique al desbordamiento de la prensa anarquista; pero verdad es también que la república francesa entra por el camino de una represión que no deja de ser saludable.

No sabemos como opinará ahora nuestro colega *La Voz* que anteaer patrocinó el pensamiento del diputado socialista Mr. Laguerre, contrario á la supresión del periódico; pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que una Cámara republicana con una mayoría nutrida y disciplinada, ha dado el triunfo á Mr. Loubet.

No todos creen, sin embargo, en la eficacia del citado proyecto de ley. Diarios hay como *El Figaro* y *El Radical*, que opinan que lo que dice la prensa es la menor expresión del peligro que amenaza al orden social y que la ley cuya totalidad ha sido rotada no impedirá á los anarquistas seguir poniendo bombas explosivas en las escaleras de las casas.

Pero esos periódicos, á juicio de *Le Gaulois*, no tienen en cuenta que las acciones son el resultado de las determinaciones del espíritu, criterio con el cual estamos conformes y que coincide con el que expusimos ayer, y que la propaganda que se hace en la prensa y en las reuniones públicas, al infundir ideas y sentimientos, echa la semilla de actos que serán criminales y perversos, si criminales y perversas son las ideas que aquella sugiere.

Otro punto de vista en esta cuestión, é interesante, sin género de duda, es el que examina también en el último de los citados periódicos franceses Mr. Henri Fouquier, verdadera autoridad en la materia. Sostiene este escritor que el régimen de la libertad absoluta es, entre todos los que pueden aplicarse á la prensa, el menos favorable al talento.

Para demostrar esta afirmación recuerda lo que ocurrió durante el segundo Imperio, cuando la prensa estaba sometida á multitud de restricciones. Casi todas fueron favorables al periodismo. La ley sobre firmas hizo popular la personalidad del periodista, dando á conocer su nombre al público, y fué origen de una verdadera evolución literaria de la prensa.

Los procesos contra los periódicos crearon muchas celebridades, y la misma moderación en los ataques, impuesta por el miedo de la supresión, obligaba á los escritores á ejercitar su talento, porque es mucho más fácil la injuria grosera que la alusión punzante disfrazada con formas corteses.

Al propio tiempo, las censuras causaban más efecto cuando no iban envueltas en prociocidades é insultos. La libertad de injuriar ha rebajado mucho la autoridad de la prensa. Mr. Fouquier refiere que, en el *Courrier du Dimanche*, los redactores acostumbraban, por asustar al editor, que era hombre tímido, á introducir en sus artículos alguna frase virulenta contra el Gobierno, que aquél se apresuraba á suprimir.

En cierta ocasión la frase no fué borrada por desistido, y el autor, que deseaba menos que nadie verla impresa en letras de molde, fué á dar explicaciones á un alto funcionario, refiriéndole lo ocurrido. Este, que comprendía todo lo que perjudicaban á la prensa los excesos, se limitó á responderle:

—¡Ojalá injuriasen ustedes siempre!
La Epoca, contestando lo dicho por Mr. Fouquier, se expresa en los siguientes términos:

“Entre las publicaciones que han vivido del escándalo, ninguna ha alcanzado verdadera autoridad en el público.

La curiosidad ha pedido hacer que fueran buscadas durante cierto tiempo, como buscada es la plática de los murmuradores, aunque nadie los estime; pero en breve han caído en el mayor descrédito, y nadie ha vuelto á acordarse de ellas.

Sin apelar á ejemplos de esta clase, la experiencia diaria nos enseña cuánto perjudican al crédito de los periódicos, y aun al de la prensa en general, el apasionamiento y la prociocidad de los ataques. En nuestro propio país tenemos de ello numerosas pruebas, y á excesos de esta clase se debe, sin duda, la poca autoridad que muchas gentes conceden al periodismo, considerándole, no como verdadero órgano de la opinión, sino como instrumento de pasiones y de apetitos individuales.”

NAUFRAGOS EN PASAJES

El «Southery»

No extinguida todavía la honda huella que en los corazones guipuzcoanos y especialmente en los donostiarros dejó el tristísimo siniestro marítimo en el que perecieron el bravo Carril y ocho de sus esforzados y valerosos remeros, cuando de nuevo se abre la herida apenas restañada y llegan hasta nosotros lamentos de dolor, sollozos de angustia, por los que gimen lanzados al llorar la pérdida dolorosa de cinco nuevos naufragos, tributo cobrado por ese bravo Cantábrico, risueño al partir, cruel é insalvable al regresar.

En mil sentidos agitado presentábase amenazador y terrible ese azulado mar que baña nuestras costas, cuando las sombras de la noche envolvieron su ancha superficie en la tarde de anteaer.

Silbaba el viento y gruesos nubarrones daban al cielo un tinte mucho más negro que el acostumbrado.

La entrada del puerto de Pasajes, como la de la Concha, habíanse hecho difícilísimas y era fácil advertir que la violencia de las olas hacían imposible las cruzasen los vapores que al caer de la tarde quedaron á la vista.

Cerró la noche y como para dar mayor carácter al imponente cuadro que el mar ofrecía, llegó hasta las últimas moradas del puerto de Pasajes y sus barrios el estridente silbido de un vapor en demanda de práctico para penetrar en el puerto.

Aquel silbido era prolongado, agudo, violento; el menos experto comprendía que aquel silbido era una llamada de auxilio, era un grito de socorro.

Los prácticos del puerto de Pasajes, á cuya boca se oían las señales que á veces se prolongaron durante diez minutos, acudieron á los muelles y consultaron el estado de la mar; jera tal éste que aun la bravura indomable de nuestros remeros se vió vencida y no fué posible ni hubo nadie que aconsejara el hacerse á la mar!

Por fortuna el gran vapor que aquellas señales lanzaba ha sufrido gallardamente los terribles embates del mar; en los costados de su ancho casco nóntanse fácilmente las huellas que en él dejara la embravecida mar. Pero sus condiciones, la pericia y el arrojo de su capitán, el esfuerzo constante de su animosa tripulación ha dominado la inelencencia de los elementos, y el gran buque, orgulloso de su poderío, penetraba ayer tarde majestuosamente en las tranquilas aguas de la bahía de Pasajes después de diecisiete días de navegación directa desde las americanas costas del Océano que sirven de cuna al puerto de Filadelfia.

Aquella hermosa embarcación llámase

Southery, vapor mercante de la matrícula de Sunderland, que trae á su bordo dos mil toneladas de trigo, mil quinientas con destino á San Sebastián y quinientas para Bilbao.

Náufragos en el «Southery»

¿Qué ocurría de extraño é impresionable para que los muelles todos del puerto de Pasajes aparecieran cubiertos de ansiosa multitud que al penetrar el *Southery* fijaba con avidez la vista en un grupo que allá sobre cubierta se notaba? Aquel grupo, por el porte y las maneras de los que lo constituían, debía necesariamente ser de gente extraña á la ordinaria tripulación del buque extranjero.

¡Eran naufragos! El mar había destruido con la facilidad del atleta la frágil barquilla en que aquellos temerarios habíanse lanzado á dominarlo. Aquellos infelices á semejanza de los que lloramos los donostiarros, habían salido del puerto de Santoña en número de dieciocho tripulando una lancha besuguera. Y en tanto que en el puerto les esperaban sus madres ó sus esposas, sus hijos ó sus hermanos, para recoger el premio de aquella ruda labor con que se proporcionaban el sustento, el mar implacable hacía presa en su barca sepultándola y desquiciándola como enfurecido de ver aminorados sus tesoros y arrancados los peces que contiene en su seno.

Cinco de aquellos tripulantes han seguido la suerte aciago que cupo á Carril y á sus ocho remeros. El ánimo se contrista ante desgracia tanta y tan repetida, y es doloroso el pensar que acaso no sean los últimos tributos debidos al Cantábrico en el temporal de estos últimos días.

Los diligencias

La primera noticia que del naufragio se tuvo en esta ciudad lo fué por una lancha de ataje que en la mañana de ayer salió del puerto de Pasajes para prestar sus auxilios al buque mercante que los demandara con tanta insistencia la noche anterior.

Cuando la lancha de ataje llegó al costado del buque supo la triste verdad y embarcado el práctico ordenó á su gente acudir al puerto y diése conocimiento á las autoridades del siniestro marítimo ocurrido y de las desgracias habidas, así como también del número de tripulantes de la lancha besuguera santonesa que habían sido salvados por el vapor *Southery*.

Un error

Delibóse sin duda alguna á la circunstancia de estar reposando los trece naufragos salvados, así como también á la condición extranjera de la tripulación, la errónea noticia que trajeron los remeros de ataje, de que la lancha naufragada y las cinco víctimas eran de Bermeo.

Las primeras indagaciones de las autoridades tuvieron como base este error de procedencia, y algún armador y consignatario, entre los cuales el señor Azqueta, telegrafaron á Bermeo preguntando si de aquel puerto faltaba alguna lancha creyendo pudiera resultar la dolorosa nueva del mayor aunque más triste interés para el puerto vizcaíno ya citado.

Pero cuando á las dos de la tarde penetró el *Southery* en la bahía de Pasajes, y cuando el director de Sanidad señor Zabalaeta hubo pasado la visita sanitaria, permitióse la comunicación con tierra y pudo deshacerse el error. La lancha, con efecto, no era del puerto de Bermeo, sino del de Santoña, como hemos dicho.

El patrón Valle

A bordo del *Southery* vimos al patrón de la lancha naufragada Adolfo Valle, hombre de unos cuarenta años, de constitución nerviosa, de mirada noble y enérgica, de simpático aspecto, quien con la mejor voluntad nos refirió el triste suceso.

—Hace hoy dieciséis días—nos dijo el patrón Valle—empezamos la costera del besugo. En la lancha *Maria Gloria*, de la matrícula de Santoña, folio 215, hicimos á la mar en la madrugada de ayer, con el propósito de regresar á Santoña á mediodía con el fruto de nuestra ruda labor. En aquel momento la noche no presentaba mal aspecto como tampoco me inspiraba temores el estado de la mar.

A algunas millas mar adentro nos encontramos cuando noté que el mar iba cambiando de aspecto. Eran los nueve de la mañana y poco después cesamos nuestros trabajos, recogiendo los aparejos y pusimos vela á tierra.

Eran las once, cuando el mar cobró más temible aspecto y dimos prisa en ganar el puerto. Precisamente en aquellos momentos, allá en el horizonte divisamos un gran barco que á toda máquina venía de Noroeste hacia nosotros. Ese barco, señor, no es otro que el *Southery*, á cuyo bordo nos encontramos hoy cinco menos de los que salimos de Santoña.

Mi barca—dijo con acento conmovedor el patrón Valle—se ha perdido; pero cion que tuviera hubiéralas dado por salvar la vida de mis infelices compañeros.

Siguió un silencio y oímos comprender que un sollozo se ahogaba en la garganta de aquel rudo marinero. Respetamos su pena y volvimos los ojos como llenos de curiosidad por entre los mástiles y el entrepuente.

—Atento á los embates del mar yo me ocupaba en dar las órdenes que creía del caso para evitar cualquier sorpresa tan común en los mares. Poco á poco el mar iba adquiriendo una violencia inusitada. Las olas, gruesas y encrespadas, batían nuestra lancha, que sin querer veía juguete de ellas. Ninguno de mis hombres profería una palabra. Silbaba el viento y gruesas gotas de lluvia nos azotaba el rostro. De cuando en cuando, al levantarnos la ola, divisábamos á lo lejos el gran vapor de que antes hablaba.

Eran las once y cuarto y el mar, violento como nunca, parecía amenazarnos, si no halláramos pronto refugio, con una muerte cierta. De pronto noté que se nos echaba encima un violento golpe de mar. Un ola terrible, amenazadora, erguía su en resaca loma, que parecía iba á romper dentro del campo de la lancha. Ordené inmediatamente la maniobra para evitar sus efectos, pero todo fué en vano, porque un instante después una montaña de agua cayó con violencia inaudita sobre la pobre *Maria Gloria*, sepultándola y sepultándonos en el seno del mar.

Cuando reaparecí vi nadando en torno mío á la mayor parte de mis chicos, alguno en tal estado que fué preciso le auxiliara inmediatamente para no verlo desaparecer para siempre en el mar.

A poco pudimos acercarnos á la lancha que salió á la superficie, y aunque sosteniéndonos difícilmente pudimos contarnos. ¡Faltaban ya tres de nosotros y á poco otro golpe de mar nos arrebató otro más! No puedo decir la angustia que pasábamos, ni sé relatar los esfuerzos que hacíamos para mantenernos asidos á la lancha.

Las ropas nos impedían los movimientos y la extenuación que el frío y el azote de las olas iba produciendo en muchos de nosotros, hicieron que el número de víctimas se aumentase con otro pobre compañero nuestro, hombre de todos nosotros querido y el cual desapareció cuando ya me hallaba cerca y le tendía mi mano para salvarle. Era éste un sujeto de Ondárroa llamado Eustaquio Aspiazua.

Una hora y media largas estuvimos luchando con el mar, hasta que el capitán del buque que nos había visto zozobrar con el auxilio del anteojo marino, llegó cerca del lugar de nuestro naufragio, lan-